

yor pompa posible en nuestra casita,—respondió John.—Nos lo hemos prometido hace seis meses. Creemos que en nuestra casita...

—¡Bah! ¿Y qué es al fin y al cabo vuestra casita?—exclamó Tackleton.—Cuatro paredes y un techo. (Y á propósito: ¿por qué no matáis ese maldito grillo? Tiempo há lo hubiera hecho á estar en vuestro lugar. No dejo un solo grillo con cabeza; ¡me carga su ruido impertinente!) También en mi casa hay cuatro paredes y un techo. ¿Vendréis á verme?

—¿Matáis los grillos?—preguntó John.

—Los piso,—contestó Tackleton dejando caer pesadamente al suelo el tacón de su zapato.—Vamos, prometedme que vendréis; hemos de tener mutuo interés en ello; ya sabéis que nuestras mujeres se persuaden una á otra de su felicidad y de que no existe en el mundo entero mayor suma de ventura. Conozco á las mujeres. Lo que la primera diga, está resuelta á defenderlo la segunda. Hay entre ellas un espíritu tal de emulación, que si vuestra mujer dice á la mía:—Soy la mujer más venturosa del mundo, y mi marido es el mejor de los maridos; le adoro con toda el alma,—mi mujer dirá lo mismo á la vuestra, ó quizá vaya más lejos, y llegará á creerlo.

—¿Creéis, pues,—preguntó el mandadero—que vuestra mujer os...?

—¡Que mi mujer me...!—exclamó Tackleton con risa breve y aguda,—¡que mi mujer me...! ¿qué más?—

John estuvo tentado de añadir «os... ado-

rará?» Pero habiendo encontrado el ojo semicerrado de Tackleton en el momento preciso en que éste se fijaba en el mandadero guiñando encima del cuello levantado del ya mencionado traje, y viendo la punta del ojo que parecía pronta á destruirle, comprendió que en todo el sér de aquel hombre singular había tan poquita cosa que mereciese adoración, que substituyó la primera frase con otra nueva, y continuó así:—«No creo que os adore en modo alguno.»—

—¡Ah, buen pájaro! ¿bromeáis?—dijo Tackleton.

Pero John, aunque lento para comprender todo el alcance de lo que Tackleton había tenido la intención de decir, le miró con tan serio aspecto, que Tackleton vióse forzado á explicarse más categóricamente.

—Tengo el capricho,—dijo levantando su mano izquierda y golpeándose ligeramente el índice, como si dijera: «Aquí estoy yo, Tackleton»—tengo el capricho de casarme con una mujer joven y bonita. (Y golpeó el meñique, que simbolizaba á su futura; así, pues, no lo golpeó con suavidad, sino reivindicando sus prerrogativas de amo y señor). Puedo satisfacer este capricho, y lo haré así. Ahora, mirad un momento.—

Y le señaló con el dedo á Dot, que se sentaba pensativa y soñadora delante del fuego, apoyando en la mano su linda barbilla adornada de un gracioso hoyuelo; á Dot, que á la sazón contemplaba la brillante llamarada. El mandadero la contempló, la contempló de nuevo y volvió á contemplarla, y cesó



en sus observaciones sin comprender absolutamente nada.

—Os honra y os obedece, sin duda,—continuó Tackleton,—y yo no soy hombre de sensiblerías; no pido más que eso.

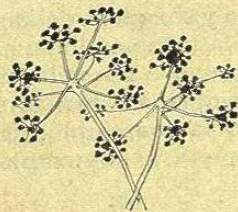
El pobre John se turbó, experimentando á pesar suyo una rara mezcla de malestar é incertidumbre. No pudo impedir que su morena faz lo revelase á su modo.

—Buenas noches, amigo mío,—dijo Tackleton con aire compasivo.—Me voy. En realidad, somos, según veo, exactamente iguales. ¿No queréis visitarme mañana por la noche? No importa; vendré al día siguiente de la boda á veros, en compañía de mi futura. Esto la hará buen efecto. Sois un hombre excelente.

—Pero ¿qué es esto?—

La mujer del mandadero había dado un fuerte grito, un grito agudo y pronto que hizo resonar la habitación como si fuera un vaso de vidrio. Se había levantado de la silla y permanecía en pie como petrificada por el terror y la sorpresa. El extranjero se había acercado al fuego para calentarse y estaba á dos pasos de la silla, pero siempre tranquilo y silencioso.

—¡Dot!—exclamó el mandadero—¡María! ¡tesoro mío! ¿Qué ocurre? ¿Qué hay?—



## VI

EN un instante se agruparon todos á su alrededor. Caleb, que empezaba á dormirse sobre la caja de la torta de boda, súbitamente despertado, en el primer momento de turbación, había agarrado á miss Slowboy por los cabellos, pero apenas hubo recobrado el sentido, le pidió mil perdones.

—¡Dot!—exclamó John con su mujer entre los brazos.—¿Estáis enferma? ¿Qué ocurre? ¡Hablad, querida mía!—

Pero Dot, por toda respuesta, dió una palmada, y se puso á reir desaforadamente; luego, dejándose caer de los brazos de John al suelo, se cubrió el rostro con el delantal y se echó á llorar. Luego volvió á reir; lloró de nuevo; sintió frío, y se dejó conducir junto al fuego por su marido, sentándose allí en el mismo lugar de antes. El extranjero permanecía siempre en pie, tranquilo y silencioso.



—Estoy mejor, John,—dijo Dot.—Estoy completamente bien.—

Pero mientras hablaba con John, miraba al lado opuesto.

¿Por qué se volvía hacia el extranjero como si hubiera de dirigirse á él? ¿Perdía Dot la cabeza?

—Me alegro mucho de que el lance haya concluído bien,—murmuró Tackleton paseando la mirada por toda la habitación. Eh, Caleb, un momento. ¿Quién es este hombre de cabellos grises?

—No lo sé, señor,—respondió Caleb en voz baja.—No le he visto nunca. Una bonita figura de cascanueces; un modelo enteramente nuevo. Atornillándole una quijada que bajase hasta caer encima del chaleco, sería delicioso.

—No está mal,—dijo Tackleton.

—O bien para unos avíos de encender, ¡qué modelo!—observó Caleb sumido en profunda contemplación.—Se le vacía la cabeza para colocar los fósforos; se le alzan al aire los talones para la bujía; mirad, mirad en esta actitud. ¡Qué admirable avío para colocar encima de la chimenea de un gentlemán!

—Puede decirse que no está mal,—afirmó Tackleton.—Pero en fin, el plan es irrealizable. Vámonos. Cargad con la caja... Supongo que ya ha terminado por completo el percance.

—¡Por completo! ¡Por completo!—dijo la mujercita apresurándose á despedirle con una señal expresiva.—Buenas noches, muy buenas noches.

—Buenas noches, señora,—añadió Tackleton;—buenas noches, John Peerybingle. Cuidado con la caja, Caleb. ¡Si el paquete cae os rompo la cabeza! La noche está negra como boca de lobo; el tiempo está peor que nunca. ¡Diablo! Buenas noches.—

Tackleton se dirigió á la puerta pronun-



ciando estas palabras, no sin haber paseado por la habitación una segunda mirada escrutadora, y seguido de Caleb, que llevaba la torta de boda sobre la cabeza.

El mandadero había quedado tan ensimismado á causa del accidente que su mujercita había sufrido, tan ocupado en calmarla y cuidarla, que había olvidado casi



enteramente la presencia del extranjero, hasta que le divisó, en pie todavía. Era el único extraño que permanecía aún en su casa.

—Se ha quedado,—dijo John.—Es preciso que le dé á entender que ya es hora de marcharse.

—Os pido perdón, amigo mío,—dijo el anciano, acercándose al mandadero;—con tanto más motivo cuanto temo que vuestra mujer se haya sentido indispuesta; pero la persona que mi dolencia me hace indispensable (y al mismo tiempo condujo la mano al oído, y sacudió la cabeza) no ha llegado aún, y temo que haya incurrido en algún engaño. El mal tiempo que esta noche me hizo encontrar tan agradable el abrigo de vuestro carruaje (¡ojalá no lo tenga nunca peor!) es más crudo que antes. ¿Querriais tener la extremada bondad de cederme una cama por esta noche? Os satisfaré puntualmente su importe.

—¡Sí, sí!—respondió Dot.—Sí; es cosa resuelta.

—Bien, bien,—dijo el mandadero sorprendido de aquiescencia tan pronta.—No hubiera sido yo quien... No estoy completamente seguro de que...

—¡Chit, John!—interrumpió Dot.

—¡Bah! Es sordo como una tapia.

—Lo sé, pero... Sí señor, decididamente. Decididamente. Voy á arreglarle la cama en seguida, John.—

Y al salir á toda prisa para preparar cuanto era necesario, la turbación que la invadía era tan extraña que el mandadero,

que la seguía con la mirada, quedó confuso.

—Y sus madrecitas arreglan las camas,—gritó miss Slowboy al niño,— y sus cabellos estaban negros y rizados cuando se han quitado los gorros, y ¿qué es lo que ha dado miedo á los chiquitines sentados junto al fuego?

Por efecto de la inexplicable atracción que las más insignificantes bagatelas ejercen frecuentemente en un espíritu devorado por vagarosas dudas, el mandadero, paseándose de arriba abajo de la habitación, sorprendióse repitiendo mentalmente varias veces las absurdas palabras de Tilly. Las repitió con tanta frecuencia que llegó á aprenderlas de memoria y las recitaba como si fuesen una verdadera lección, cuando miss Slowboy, después de haber friccionado con la palma de la mano (según la añeja práctica de las niñeras) la cabecita calva del niño durante todo el tiempo que juzgó útil para su salud, le puso de nuevo el gorro y le anudó la cinta debajo de la barbilla.

—¿Qué es lo que ha dado miedo á los chiquitines sentados junto al fuego? ¿Qué es lo que ha dado tanto miedo á Dot? Me gustaría saberlo,—murmuraba el mandadero, reanudando sus idas y venidas.

Arrancaba de su corazón las pérfidas insinuaciones del comerciante de juguetes, y no obstante, se sentía lleno de un sentimiento de malestar vago é indefinido; porque Tackleton era listo y vivo, mientras que él estaba persuadido de su inferioridad, que cualquiera alusión directa ó reticencia alarmaba súbitamente. No tenía intención algu-



na de relacionar lo que le había dicho Tackleton con la conducta extraordinaria de su mujer; pero semejantes motivos de reflexión se presentaban simultáneamente á su espíritu sin que John pudiese lograr su separación.

La cama estuvo hecha muy pronto; el extranjero, sin aceptar más refresco que una taza de té, se retiró. Entonces Dot, completamente tranquila según decía, arregló el sillonzazo poniéndolo en el rincón de la chimenea para que se sentase su marido: llenó la pipa de John, se la dió y colocó su acostumbrado taburetillo al lado de él junto al fuego.

Nunca había dejado de sentarse en aquel taburetillo; indudablemente que creía con firmeza que aquel taburetillo era delicioso, y muy apropiado para hacer resaltar ante su marido sus seductores hechizos.

Dot era además la mujer más hábil que se hubiera podido hallar en todo el orbe (hay que reconocerlo) para llenar una pipa. Nada más delicioso que el espectáculo que ofrecía al introducir en el vientre de la pipa su dedito regordete, luego al soplar en su interior para limpiar el tubo, y después de tan delicadas operaciones, al afectar la creencia de que realmente había quedado algo en el tubo, por cuyo motivo soplaba una docena de veces y la acercaba al ojo á modo de telescopio, mirando hasta el fondo con una expresión provocativa que sentaba muy bien á sus facciones. En cuanto á la colocación del tabaco nadie hubiera podido enseñarla un grado nuevo de perfecciona-

miento. Cuando tomaba un trozo de papel encendido para pegar fuego á la pipa sin chamuscar nunca la nariz del mandadero en cuya boca permanecía aquélla, traspasaba el acierto é invadía ya el campo del arte, ó mejor aún, del genio.

El grillo y el escalfador prosiguieron su canción como para rendirle homenaje, y el fuego levantó súbitamente chorros de brillantes llamaradas, para ensalzarla á su modo, y el segadorcito del reloj, continuando sus trabajos, de los cuales nadie notaba el progreso, no la era insensible. Y el buen mandadero, con la frente desarrugada, y el rostro iluminado, fué el primero que se lo agradeció con toda el alma.

Mientras fumaba su vieja pipa con aire grave y pensativo, mientras el reloj holandés hacía oír sin interrupción su monótono tic tac, el fuego brillaba alegremente, y el grillo cantaba á grito pelado; este benigno genio familiar de la casa (porque bien valía lo que los antiguos dioses penates) evocó en el espíritu del venturoso John bajo formas fantásticas una multitud de imágenes de su felicidad doméstica. Veía Dots de todas las edades y estaturas posibles que llenaban la habitación; Dots, niñas gozosas que corrían delante de él y que cogían las flores del campo; Dots modestas, tan pronto rechazándole á medias como cediendo á medias, á las súplicas llenas de ternura que él las dirigía en medio de su rudeza; Dots recién casadas, atravesando el umbral de la casa y tomando posesión como buenas guardadoras del hogar, de las llaves y



de los armarios; Dots madres, servidas por Slowboys ficticias, llevando niños á la ceremonia del bautismo; Dots más maduras, aunque jóvenes y frescas todavía, vigilando como matronas venerables á otras Dots, hijas suyas, que se entregaban á danzas campestres; Dots regordetas y redonditas, acosadas, sitiadas como venerandas abuelas por ejércitos de niños sonrosados; Dots arrugadas que se apoyaban en sus bastones y andaban lenta é inseguramente. Vió también desfilár ante sus ojos ancianos mandaderos con Boxers viejos y ciegos, tendidos á sus pies; nuevos carruajes conducidos por nuevos cocheros («Pee-rybingle hermanos» se leía en el toldo) mandaderos ancianos y enfermos, cuidados por las manos más dulces del mundo, y tumbas de mandaderos, muertos tiempo há, cubiertas de verde musgo en el fondo de los cementerios. Y mientras el grillo le hacía ver todas estas cosas,—porque lo cierto es que las veía distintamente aunque sus ojos permaneciesen fijos en las llamas del hogar,—el mandadero se sentía feliz y satisfecho y daba gracias con toda el alma á sus dioses domésticos, sin acordarse más que vosotros mismos de Gruff y Tackleton.

¿Pero á qué viene esa imagen de joven que el mismo grillo-hada coloca tan cerca del taburete de Dot, y que permanece solo y en pie? ¿Por qué se quedaba junto á ella, con el brazo apoyado en la campana de la chimenea y repitiendo constantemente:—¡Casada! ¡Casada con otro hombre!—

¡Dot, Dot! ¿Habríaís amado á alguien antes de casaros con John? No; semejante idea no puede ocupar un lugar entre las visiones de vuestro marido. Pero, en tal caso ¿por qué la sombra desconocida ha pasado por su hogar?

